A través de mis ojos

A través de mis ojos
María Candelaria González Alonso

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 9788418109560
Depósito Legal: TF-487-19

Maquetación, diseño y producción
© 2019 María Candelaria González Alonso
© 2019 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

A través de mis ojos

María Candelaria González Alonso

Esta primera obra quiero dedicársela a mi familia en primer lugar, para agradecerles el acompañamiento y la comprensión que han tenido conmigo a lo largo de todos estos años, dándome la fuerza necesaria para revelar, de esta manera, toda la experiencia vivida.

Y en segundo lugar a Andrés Ramos Díaz, quien fuera mi guía y el que puso su confianza en aquella niña inocente para hacer crecer en mi este don.

Conóceme

Les voy a hablar un poco de mí, para que las personas que no me conozcan, que son muchas, puedan saber cómo soy.

Desde que tengo uso de razón siempre he oído que era una niña especial; cuando era pequeña no lo entendía, hasta que me explicaron lo que me pasaba, aunque me costó comprenderlo y asimilarlo.

Era una niña extrovertida, alegre como tantos niños. Mis padres, al principio, no le daban importancia a que jugase sola con los juguetes y que hablara con ellos, debido a que la mayoría de los niños lo suelen hacer.

Solía jugar en la escalera que subía a la azotea de la casa de mis padres; allí hacía mi casita con mis muñecas, tenía calderos e incluso una máquina de coser.

Que yo recuerde, me gustaba jugar ahí porque me hacía sentir bien y, además, era feliz.

También me encantaba jugar en la escalera de la azotea de casa de mis abuelos maternos, ahí también me encontraba bien.

(Cuando lo recuerdo me da paz, a la par que felicidad. Son recuerdos que uno añora con mucho cariño).

La infancia conlleva esa inocencia que nos hace abstraernos de los problemas existentes a nuestro alrededor… Durante la misma, vivimos en un mundo de fantasía que creamos y que nos pertenece exclusivamente.

Un buen día mi padre se dio cuenta de que conmigo, había algo más que solo mantener conversación con mis juguetes.

Esta es una de tantas cosas que mi padre vivió cuando se dio cuenta, junto a mi madre, de lo que yo podía hacer (así, él me dijo muchas cosas antes de que se fuera de este mundo, que yo hoy no lo sabría, en la actualidad, si no hubiese sido por él).

Un día en el que, al llegar mis padres de trabajar, acudieron a casa de mis abuelos a vernos a mi hermana Susana y a mí, y me contó que yo estaba jugando, como siempre en el mismo sitio, es decir, en la escalera de la azotea. Me dijo que se quedó mirándome un buen rato porque yo hacía y decía cosas raras. Extrañado, vio algo que no entendía cuando estaba jugando; era mi mirada. La dirigía hacia el frente, como si hubiera otro niño enfrente de mí, jugando conmigo.

Mis padres me contaron que, al principio, no le dieron importancia alguna, pero, cuando pasé a hacerlo más a menudo, empezaron a preocuparse. Hablaban entre ellos para que ambos me observasen cuando jugaba. Se dieron cuentan de que, lo que yo estaba haciendo, sucedía siempre en las escaleras que iban hacia la azotea. En ese instante fue cuando ya comenzaron a preocuparse; no veían normal las cosas que hacía con tan solo dos y tres años.

Son ellos los que me han contado que, en una de aquellas ocasiones, yo conversaba a solas y contestaba a preguntas que no me decía nadie. Ese día, me preguntaron con quién estaba hablando; yo les contesté que lo hacía con los niños que se encontraban allí… Mis padres se miraron entre sí, extrañados y con cara de preocupación. Al principio pensaban que yo era una niña muy fantasiosa. Pese a ello, mi madre habló con mis abuelos y con una tía mía para que me vigilasen. Viví con estos últimos hasta los catorce años, debido al trabajo de mis padres.

Mis progenitores me contaron que muchas veces se asustaban al ver que ponía «caritas extrañas» y, en alguna ocasión, me vieron llorando sin que tuviesen conocimiento del porqué de mis llantos.

Una vez que me vieron llorar, mi padre me preguntó:

—Cayi, ¿por qué lloras?

—Porque una amiguita mía no va a volver más, ella me dice que se va con sus padres, que la vinieron a buscar, y que hacía mucho tiempo que no los veía.

Al principio, mis padres se reían para no darle importancia, pensando en que esto acabaría. Mi tía jugaba conmigo, como si fuera algo normal aquel juego en el que yo participaba, para poder averiguar más sobre lo que me ocurría.

Fue mi padre quien se dio cuenta, una noche en nuestra casa, que al final existía un problema. Estábamos cenando en la pequeña cocina que teníamos, y de repente, cogí un trozo de pan para dárselo a alguien. Mi padre me preguntó:

—¿Qué estás haciendo?

—Darle pan al niño.

—¿Que niño?

—Papi, el que está aquí.

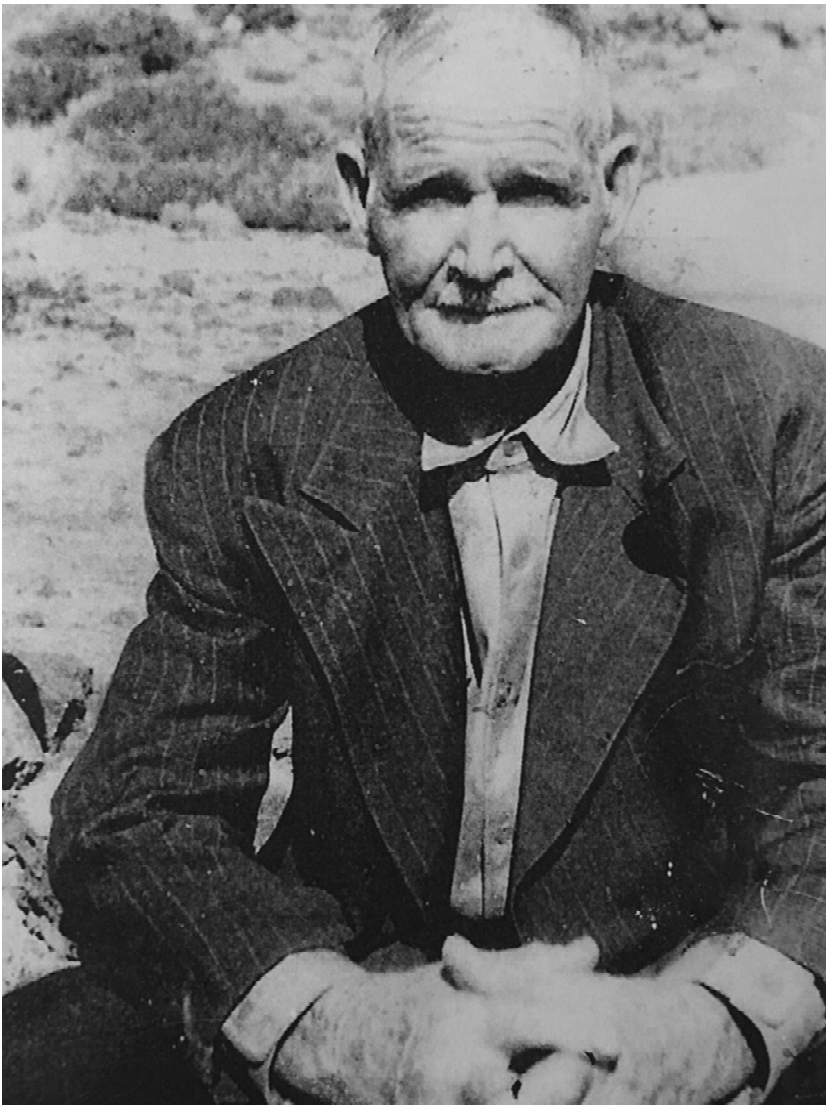
Mis padres, muy preocupados, hablaron entre ellos para llevarme a un médico que pudiera decirles qué es lo que me sucedía.

De sobra es sabido que, en aquella época, cuando alguien hablaba solo, lo diagnosticaban como problemas mentales. Por este motivo, me llevaron a un médico y me hicieron varias pruebas, pero no observaron nada.

Los especialistas que me trataron les dijeron a mis padres que no le dieran importancia a lo que decía, que era una niña con mucha imaginación y que yo estaba bien.

Con el paso del tiempo, Susana y Valentín —mis padres—, no veían cambio alguno en mí; mis abuelos, al igual que mi tía, les dijeron que iban a comentarle el tema a Chandrés, tío abuelo de mi padre.

Chandrés tenía un don especial y lo utilizaba para ayudar a la gente, a través de sus rezos y las cosas que hacía. Él vivía a unos cincuenta metros de mi casa. Su verdadero nombre era Andrés y era una persona muy querida en nuestro pueblo Barranco Hondo, y muy conocido en muchos lugares de Tenerife, y de algunas islas más, gracias a todas las hazañas que hizo por y para el bien de la comunidad. Antiguamente, a las personas mayores se les ponía una «CH» delante de su nombre. Era una forma de respeto hacia los mayores.



Andres Ramos Díaz